

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

## Desastre y desorden: las autoridades locales frente al terremoto de Port Royal, Jamaica (1692-1722)

*Disaster and Disorder: Local Authorities and the Port Royal Earthquake, Jamaica (1692-1722)*

**GONZALO RAMÍREZ SÁNCHEZ**  
*Universidad de Sevilla, España*

**RESUMEN** Este trabajo analiza las largas consecuencias del terremoto de 1692, acaecido en Port Royal (Jamaica), desde la perspectiva del desorden que ocasionó. Eventos destructores de tal magnitud suelen ir asociados a situaciones de enorme caos que alteran la cotidianidad de una sociedad, perturbando un orden preexistente. Ello acaeció el 7 de junio de aquel año, cuando se produjo uno de los sismos más devastadores de la historia del Caribe. Tras este, las autoridades locales de la Jamaica inglesa hubieron de hacer frente a una serie de amenazas que desafiaron el orden político, social y económico vigente. A través de la puesta en marcha de un conjunto de medidas y estrategias, estas trataron de aminorar sus peligrosos efectos, a corto y largo plazo. Entre estos, se encontraban el estado de anarquía más inmediato, el estallido de una rebelión de la población esclavizada, el ataque extranjero o la insalubridad. No sería hasta 1722 cuando, tras un nuevo desastre, Port Royal perdería definitivamente su categoría de ciudad y puerto preponderante en la isla, en favor de Kingston, siendo tal fecha el cierre de la presente investigación. Por me-



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

dio del análisis de fuentes de consideración diversa, se pretende identificar de qué modo las autoridades locales percibieron aquel desorden suscitado y qué medidas implementaron en defensa de sus intereses y de su posición social.

**PALABRAS CLAVE** Desastre; desorden; terremoto; Jamaica; Port Royal.

**ABSTRACT** This paper analyses the long consequences of the 1692 Port Royal earthquake, from a disorder perspective. Destructive events of such magnitude are usually associated with situations of enormous chaos that alter the daily life of a society, disturbing a pre-existing order. On June 7 of that year, after one of the most devastating earthquakes in Caribbean history, local authorities in English Jamaica had to face a series of threats that challenged the existing political, social and economic order. It was through the implementation of a set of policies and strategies how they tried to reduce its dangerous effects, in the short and long term. These included the most immediate state of anarchy, the outbreak of a slave rebellion, a foreign attack or unhealthy conditions. It was not until 1722 when Port Royal definitively lost its status as the predominant city and port of the island, to the benefit of Kingston. That year marks the end of this research. By analysing a variety of sources, the aim is to identify how the local authorities perceived the disorder caused by the earthquake and what measures they implemented to defend their interests and social position.

**KEY WORDS** Disaster; disorder; earthquake; Jamaica; Port Royal.

## Introducción

Pocos acontecimientos sacudieron tanto los cimientos de un orden político, social y económico como el terremoto del 7 de junio de 1692 en la isla de Jamaica. En aquel momento, Jamaica era un territorio perteneciente a la Corona inglesa desde su invasión en 1655, siendo reconocida su posesión por parte de la Monarquía hispánica en el Tratado de Madrid de 1670. Apenas décadas después del establecimiento inglés, un sismo de gran magnitud, sin precedentes en la historia de la presencia europea en el Caribe, provocó un enorme daño y significó un auténtico punto de inflexión en el devenir histórico de la Jamaica inglesa. A pesar de que sus efectos se dejaron notar en gran parte de la isla, fue en Port Royal, su ciudad más poblada y pujante, donde la destrucción alcanzó límites inimaginables, cobrándose centenares de vidas y daños materiales incalculables.

Las dimensiones de tal suceso podrían llevarnos a pensar en su excepcionalidad. Si bien fue un hecho remarcable por sus consecuencias y recuerdo, los desastres fueron

recurrentes en Jamaica, y el espacio antillano, desde los primeros compases de la colonización europea. La configuración del Caribe insular como una región geográfica, política y sociocultural con dinámicas y características propias ha sido un aspecto resaltado por diversos autores como Mintz (1965), Williams (1970) y Trouillot (1992). Estos, y otros tantos investigadores, han incidido en que el Caribe insular puede definirse como una región, desde un punto de vista histórico, indudablemente vulnerable, también en lo que respecta a desastres vinculados a fenómenos naturales<sup>1</sup>. Knight (1990, pp. 5-6) se refirió a la zona como una tierra de frecuentes y destructivos huracanes, enfermedades endémicas y epidémicas, terremotos, erupciones volcánicas violentas, inundaciones y nubes de molestos insectos. En décadas recientes, la historiografía ha tendido a comprender al desastre como un rasgo definitorio de la región, con especial énfasis en la recurrencia de fenómenos hidrometeorológicos como el huracán, destacando los trabajos de Mulcahy (2006) y Schwartz (2015). Así, el desastre no sería más que una de las constantes que han acompañado el desarrollo histórico del territorio junto a, en opinión de Huertas González (2021), «el impacto de la colonización europea, la esclavitud indígena y africana, las migraciones, la posición estratégica privilegiada, las revoluciones [y] los movimientos de resistencia» (p. 228).

Por otro lado, los desastres formaron parte de un conjunto de circunstancias que configuraron una sensación de constante miedo, peligro y fragilidad en el Caribe y Jamaica, percibida por parte de los colonos, con especial incidencia entre las autoridades insulares (Mulcahy, 2012, p. 218). Junto a los desastres, podemos citar diversas realidades como la amenaza de invasión o ataque extranjero, la piratería, las rebeliones protagonizadas por esclavos, las epidemias, las hambrunas, las arduas características del clima o las fluctuaciones de los precios de ciertos productos (Schwartz, 2015, p. 30). Para el caso de Jamaica, todo ello se tradujo en una percepción compartida, por parte de las autoridades, de desorden crónico ante los desafíos que presentaba el asentamiento inglés en la isla, debiendo implementarse una serie de respuestas que permitiesen asegurar el orden establecido.

Desastres de tal dimensión han demostrado poseer la capacidad de fracturar la cotidianidad y natural funcionamiento de una sociedad, generando un clima de desorden que, en ocasiones, se extiende durante meses o años. Esta premisa, de consenso mayoritario en el seno de diversas ciencias sociales, ha sido observada por autores

---

1. En lo que respecta a la categoría de *vulnerabilidad* que esta investigación otorga a la región antillana, centrando el análisis en la Jamaica de la última década del siglo XVII a la que se atribuye la categoría de *contexto vulnerable*, merece la pena hacer referencia al trabajo de Altez (2016). Dicho autor indica que «lo que determina la existencia, la latencia y la capacidad destructora o catastrófica de una amenaza es la relación que los contextos humanos han construido con el fenómeno» (Altez, 2016, p. 35). Por tanto, se asume que el contexto humano analizado presentaba una relación de vulnerabilidad respecto a la ocurrencia de un seísmo de gran magnitud.

como Kreps (1985), Stallings (1998) o Porfiriev (1998), entre otros. Interpretar el desastre desde la perspectiva del desorden provocado, en este caso por el terremoto del 7 de junio de 1692, permite comprender y contextualizar qué métodos fueron implementados desde el poder local, con el objetivo de retornar a la situación previa. Por ende, la gestión analizada en las páginas venideras es entendida como aquella destinada a poner fin a la abrupta ruptura de la cotidianidad y tratar de reestructurar las jerarquías y dinámicas sociales inmediatamente anteriores al evento destructor. Al respecto, es tomada la siguiente idea desarrollada por Altez (2022) como eje vertebrador de la investigación:

El desorden que sobreviene al desastre siempre es atendido, eficiente o deficientemente, desde los propios recursos que posee esa sociedad para retomar las relaciones, las rutinas, el tejido social, el funcionamiento elemental que ha de permitir su recuperación, o bien la construcción de nuevas condiciones de funcionamiento (p. 122).

Dicho lo cual, el objetivo de este artículo no es otro que el de analizar la gestión realizada por parte de las autoridades de la isla de Jamaica ante los devastadores efectos del sismo del 7 de junio de 1692 en Port Royal, en su búsqueda de reconstruir el orden político, social y económico quebrantado<sup>2</sup>. Durante los meses, años e incluso décadas posteriores, el poder local hubo de enfrentarse a sus principales temores y afrontar diferentes problemas como ataques extranjeros, rebeliones de esclavos, epidemias o nuevos desastres. De este modo, este estudio considera las consecuencias del terremoto dentro un amplio ciclo histórico iniciado con el propio temblor y culminado con el huracán de 1722, que supuso el práctico abandono de la vida civil en Port Royal y la consagración de la reciente fundación de Kingston como el principal puerto de la isla y el epicentro de la vida económica de Jamaica y el Caribe británico.

### **Jamaica y Port Royal en manos inglesas (1655-1692)**

La historia de la presencia europea en Jamaica se remonta a 1494, año en que una expedición de Cristóbal Colón desembarcó en sus costas. Sin embargo, no fue hasta 1509 cuando se emprendió una limitada ocupación efectiva de la isla, que se prolongó durante décadas y cuyos resultados fueron de un alcance mucho menor que en el caso

---

2. La cuestión de la gestión de desastres desde lo local es una línea de investigación tratada por diversos autores. Por citar unos de estos trabajos, Luque Azcona (2022) ofrece una visión general sobre la gestión institucional, con sus diferentes políticas, medidas o estrategias de respuesta ante situaciones de destrucción y desorden posteriores a fenómenos naturales en la América hispana, comprobándose una evolución hacia una mayor implicación e intervención del Estado conforme avanzó el siglo XVIII, así como una creciente percepción de que tales sucesos no estaban únicamente asociados a la voluntad divina.

de sus vecinas antillanas como Cuba o La Española. Jamaica, dentro del sistema imperial hispánico al que perteneció durante un siglo y medio, fue un territorio periférico. Desde comienzos del siglo XVII, otras potencias europeas, entre los que destacaron ingleses, franceses y holandeses, comenzaron a desafiar el dominio hispano a lo largo del mar Caribe. No obstante, no fue hasta 1655 cuando una escuadra inglesa dirigida por William Penn y Robert Venables inició la toma de la isla en una guerra que se extendió hasta 1660, año en el que la Corona inglesa nombró a Edward D'Oyley como primer gobernador de la isla, aunque no sería hasta la firma del Tratado de Madrid de 1670 cuando la Monarquía hispánica reconoció la cesión de Jamaica al dominio inglés (Pestana, 2019)<sup>3</sup>.

En las primeras décadas de la instalación inglesa en Jamaica, el gobierno inglés dotó a la isla de una serie de instituciones que reprodujeron el modelo político del país. En primer lugar, la cabeza visible del poder inglés en Jamaica fue el gobernador, elegido directamente desde Londres con instrucciones de la Corona. Junto a este, dos instituciones ostentaron el poder político en la isla: el *Council* y la *Assembly*, actuando respectivamente como cámara alta y cámara baja<sup>4</sup>. Es precisamente la documentación emitida por estas instituciones y la correspondencia de estas con las autoridades radicadas en Inglaterra nuestra principal fuente para analizar los procesos tratados<sup>5</sup>.

El principal pilar de la economía de la isla tuvo su origen en su situación geográfica. Jamaica gozaba de una posición aventajada para los intereses ingleses en el Caribe. Ubicada en el corazón del sistema comercial hispano, se convirtió, en la segunda

---

3. Tal invasión se circunscribió dentro del conocido como *Western Design*, un ambicioso proyecto auspiciado por el gobierno de Oliver Cromwell para establecerse en el Caribe, en detrimento de los intereses españoles. Inicialmente, el objetivo de la expedición fue hacerse con La Española. Sin embargo, el ataque fue repelido, dirigiéndose entonces la atención de las escuadras inglesas hacia una desprotegida y desatendida isla de Jamaica. Para profundizar en torno al *Western Design* y la invasión inglesa de Jamaica, véase la reciente obra de Pestana (2017).

4. En lo referente al modelo político de Jamaica, contamos con dos obras clásicas de gran utilidad (Braithwaite, 1971; Whitson 1929). Más recientemente, merece la pena citar los trabajos de Graham (2017; 2018).

5. Entre las fuentes más destacadas para el análisis de este periodo, desde la perspectiva de las autoridades insulares, tenemos la colección *Calendar of State Papers Colonial, America and West Indies [CSPC]*, que en varios volúmenes abarca una vasta documentación, contenida en los archivos británicos, referida a los asuntos coloniales en las *West Indies* en el periodo comprendido entre 1574 y 1739, incluyéndose correspondencia de gobernadores, la *Assembly* y el *Council* de Jamaica y otras personalidades y colectivos de la isla con las autoridades de Londres. Una segunda fuente publicada es el corpus legislativo generado en Jamaica: *The Laws of Jamaica, comprehending all the acts in force, passed between the thirty-second year of the Reign of King Charles the Second and the thirty-third year of the Reign of King George the Third [TLJ]*, donde ha sido posible consultar las leyes promulgadas durante el periodo estudiado. Por último, también se encuentran publicados, en diversos volúmenes, los diarios de sesiones de la *Assembly* bajo el nombre de *Journals of the Assembly of Jamaica [JAJ]*.

mitad del siglo XVII, en el principal centro del saqueo y el contrabando en el Caribe, permitiendo a los mercaderes ingleses proveer de ciertos productos a la América hispana, incluyéndose esclavos de procedencia africana a través de la *Royal African Company* (Burnard, 2020; Elliott, 2006). Por otro lado, en Jamaica se buscó reproducir la economía de plantación existente en la también colonia inglesa de Barbados, con el azúcar como cultivo preponderante. Sin embargo, la convivencia entre ambos sectores económicos no fue sencilla. Así, durante la segunda mitad del siglo XVII, las facciones plantadora y contrabandista rivalizaron por hacerse con el poder político de Jamaica e imponer su modelo económico para la isla (Zahedieh, 1986).

Precisamente, Port Royal fue la base de la actividad comercial y bucanera en el primer medio siglo de dominio inglés de Jamaica. Situada en la zona suroriental de la isla, Port Royal se encontraba en el extremo de un cordón litoral arenoso que recibe el nombre de Palisadoes. En un lugar desconsiderado por los españoles, los ingleses encontraron una valiosa posición estratégica y, en apenas varios años, construyeron y fortificaron el que vendría a ser el principal puerto de la isla. Rápidamente, la ciudad atrajo a cientos de inmigrantes de diversa índole social y religiosa, con una notable comunidad judía de origen portugués, viviéndose un desordenado crecimiento urbano (Burnard, 1996). Durante los años precedentes a 1692, Port Royal era uno de los centros de negocios más pujantes del Caribe, tanto que Hanson (1683) indicó que había «más abundancia de dinero circulando, proporcionalmente por el número de habitantes, que en Londres». Igualmente, en línea con su privilegiada ubicación, la importancia de Port Royal fue militar, contando con 1.181 milicianos en el año 1680 y un sistema defensivo que, en opinión de autores como Buisseret (1996, p. 23), nada tenía que envidiar al de La Habana o Cartagena. Por último, ostentó la fama de ser una ciudad bárbara y pecaminosa, en cuyas calles convivieron piratas, soldados, marineros, mercaderes, esclavos o prostitutas, en una dinámica ciudad repleta de tabernas o salones de juego formándose, principalmente por parte de viajeros ingleses como Ned Ward o John Taylor, una deplorable reputación, que la hizo incluso ser comparada con la ciudad bíblica de Sodoma (Dillman, 2015, pp. 97-98). Así, se configuró una visión de la ciudad, que ha sobrevivido hasta nuestros días, llena de leyendas como la del pirata Henry Morgan, que ha sido matizada por Manning (2015), quien indicó que se trató de una visión construida desde una perspectiva teológica y moralista, fruto del clima religioso de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVII.

### **El terremoto**

El 7 de junio de 1692, las calles de Port Royal amanecieron sin posibilidad de presagiar la tragedia que estaba a punto de ocurrir. En torno a las once de la mañana de aquel día, un enorme temblor vino a cambiar, para siempre, el destino de la ciudad y la vida de sus habitantes. En apenas unos minutos, un terremoto sin precedentes

en la historia de la isla causó unos niveles de destrucción inconcebibles, llegando a hundir buena parte de la ciudad bajo el fondo del mar. Las descripciones realizadas por distintos testigos muestran escenas de muerte, desolación y una sensación de total anarquía.

La cifra de víctimas y los daños materiales ocasionados por el terremoto fueron considerables. Resulta casi imposible determinar cuántas vidas pudo cobrarse este macabro episodio, pero las fuentes suelen cifrar entre 1.500 y 2.200 los fallecidos causados directamente por el temblor, pudiendo llegar a suponer, según diferentes estimaciones, un tercio de la población total de Port Royal (Mulcahy, 2008, pp. 403-404). La destrucción material fue incluso mayor, haciendo colapsar la mayor parte de los edificios de la ciudad. Tal y como hicieron saber las autoridades locales a Londres el 20 de junio de 1692, el sismo «echó abajo todas las iglesias, viviendas e ingenios azucareros» (CSPC, Vol. 13, 2.278, «The President and Council of Jamaica to Lords of Trade and Plantations», 20 de junio de 1692). En efecto, el impacto del terremoto también se dejó notar en otros puntos de Jamaica como en las plantaciones repartidas a lo largo y ancho del territorio, con la consecuente devastación de los cultivos (CSPC, Vol. 13, 2.398, «Colonel Beeston's proposals as to Jamaica», 19 de agosto de 1692).

No obstante, la magnitud del suceso no debe hacernos desviar la atención de la gran vulnerabilidad que presentaba Port Royal ante los posibles efectos de fenómenos extremos de semejante fuerza. La consideración de una conjunción de factores facilita una mejor comprensión de lo acontecido y permite realizar un adecuado análisis del desastre que el sismo desencadenó. Primeramente, la localización del enclave en una zona de gran actividad sísmica y, especialmente, su ubicación en el extremo de un cordón litoral conformado por sedimentos hacía de la ciudad un lugar inestable ante las sacudidas de la tierra (Cohen, 2017). Este aspecto ha sido recalcado por diversos estudios propios de la geología, que han concluido que el terremoto de 1692 fue de una magnitud y una liberación de energía considerable, aunque resulte difícilmente cuantificable (DeMets & Wiggins-Grandison, 2006; Wiggins-Grandison & Atakan, 2005; Wright et al., 2019). Además, sus construcciones se habían realizado, mayormente, con materiales y tipos arquitectónicos familiares para los colonos ingleses que, sin embargo, no estaban preparados para estas tesoras (Robertson, 2001, p. 76). De este hecho ya tuvieron conciencia contemporáneos como el célebre naturalista Sloane (1707) quien, en un ejercicio de alabanza de las construcciones españolas, indicó en contraposición que «las casas construidas por los ingleses, mayoritariamente de ladrillo, y a la manera inglesa, que tampoco son frescas, ni capaces de resistir las sacudidas de los terremotos» (p. 47). Por último, Port Royal concentraba en escasos kilómetros cuadrados una población de unos 6.000 habitantes, siendo así un lugar ciertamente abarrotado.

Una de las principales fuentes que describe el acontecimiento menciona una cuestión que pudo tener cierto papel en el fatal desenlace. En una relación, el reverendo Heath (1692), superviviente de la tragedia, señaló que encontrándose reunido con el presidente del *Council* en el momento en el que comenzó a temblar la tierra, este le tranquilizó y le dijo «es un terremoto, no tengas miedo, pasará pronto» (p. 1). En este sentido, en 1688, tras un considerable temblor ocurrido en Port Royal, Sloane (1694) recalcó que «los habitantes de Jamaica esperan un terremoto cada año» (pp. 81-82). Por el contrario, con relación al mismo suceso, el viajero John Taylor apuntó que «los habitantes estaban muy asustados, ya que derrumbó tres casas, e hizo añicos los azulejos de la mayoría de las casas y causó muchos daños en las ventanas de cristal» (Buisseret, 2008, p. 119). En cualquier caso, resulta difícilmente comprobable saber hasta qué punto la familiarización de los habitantes de Jamaica con los sismos pudo tener cierta influencia en la cifra definitiva de víctimas mortales.

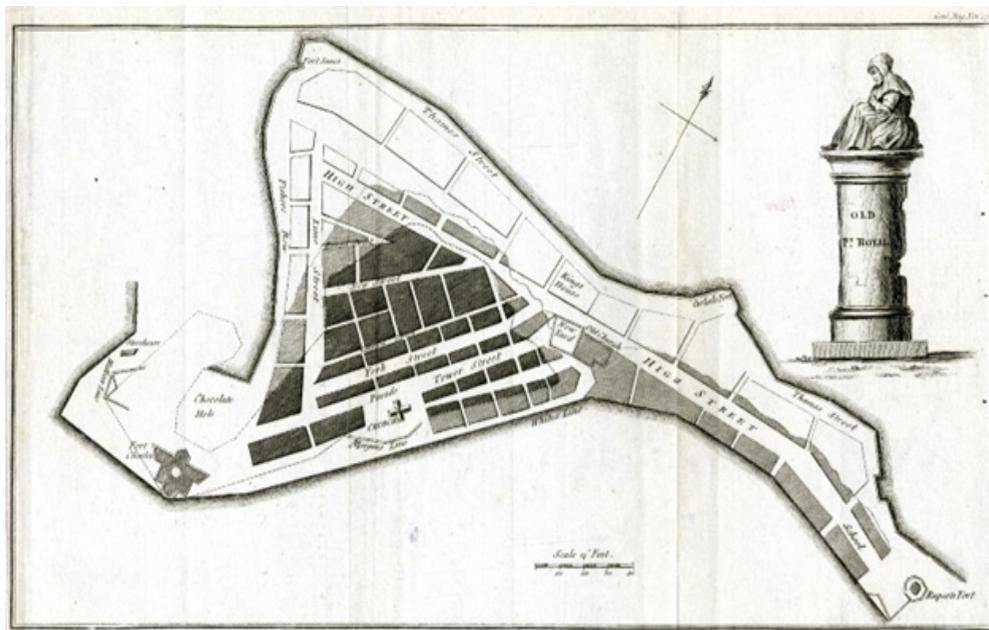
Como no podía ser de otro modo, la mayoría de las interpretaciones sobre las causas del terremoto recalcaron que se trató de un castigo divino. Así, una abundante cantidad de textos de carácter variado, entre los que destacan relaciones, panfletos, sermones o escritos teológicos, vincularon el desastre con la aparente realidad pecaminosa que se vivía en Port Royal. Esta fue una visión compartida con las autoridades de la isla, quienes no tardaron en declarar el 7 de junio como *fast day*, tal y como recomendó el gobernador William Beeston en mayo de 1693 (*CSPC*, Vol. 14, 359, «Speech of Sir William Beeston to the Assembly of Jamaica», 24 de mayo de 1693). No obstante, no todas las explicaciones se limitaron a reiterar el origen sobrenatural del terremoto como expresión de la ira de Dios, recalcada por la mayor parte de los cronistas. Así, autores como Mulcahy (2008) o Gerdelan (2019) han estudiado otras interpretaciones que, sin negar el papel divino, incidieron en causas de tipo físico, geográfico o arquitectónico para explicar las catastróficas consecuencias del temblor, revelando la existencia de una pluralidad de opiniones mucho más amplia de la que, tradicionalmente, se había considerado<sup>6</sup>.

---

6. Este tipo de visiones alternativas o complementarias al providencialismo fueron propias, por ejemplo, de algunos filósofos naturales pertenecientes o ligados a la Royal Society de Londres, la sociedad científica más antigua de las islas británicas. Por ejemplo, ello es perceptible en dos cartas enviadas a la citada institución. La primera de ellas era anónima, y la segunda fue escrita por el ya referido naturalista Hans Sloane, coincidiendo ambas en una explicación del suceso que trascendió el papel divino y que sería compartida por varios autores que se dedicaron al estado e historia de la isla de Jamaica como Henry Barham, James Knight o Edward Long. Por otro lado, desde Londres, diversos estudiosos de aquella sociedad trataron de conectar el sismo de Port Royal con otros acaecidos posteriormente en Europa, durante la segunda mitad de aquel año, con especial incidencia del ocurrido el 18 de septiembre de 1692, el cual llegó a sentirse en buena parte del continente y en Londres. La búsqueda de una explicación razonada de la causa y posible expansión del terremoto de Port Royal hacia Europa, más allá de una posible influencia de Dios, demuestra la presencia de algunas interpretaciones que cuestionan la idea de que únicamente se trató de un castigo divino.

### Figura 1

*Map of Port Royal, Jamaica, showing streets, forts, and selected buildings, prior to the earthquake of June 7, 1692.*



*Note.* By M.N., 1785 (M.N., 1785, pp. 880-881).

### Los cuatro desórdenes (1692-1703)

Desde los primeros momentos posteriores, las autoridades de la isla hubieron de enfrentarse a uno de sus principales temores: el desorden. La sensación de desorden no era novedosa y estaba unida a los factores que alimentaron la peligrosidad de la vida en Jamaica, junto a una notable inestabilidad política conformada por las incesantes luchas internas y los vaivenes políticos de Jamaica y la metrópoli. No obstante, ante desastres de tal gravedad la impresión de desorden y anarquía solía hacerse patente entre las autoridades. El temblor intensificó la gravedad de ciertas problemáticas existentes e incrementó el miedo de una minoría poderosa por perder su posición.

Esta investigación considera que, tras el terremoto de 1692, fueron cuatro los desafíos al orden frente a los cuales las autoridades de Jamaica hubieron de plantar cara durante la década que siguió al seísmo, implementando políticas y estrategias de diverso tipo para contener sus efectos: los desórdenes inmediatos, el peligro de rebelión esclava, la amenaza de ataque extranjero y la insalubridad, con la consecuente proliferación de enfermedades.

### *Los desórdenes inmediatos y la fundación de Kingston*

Port Royal, en las horas y días subsiguientes al temblor, fue un lugar peligroso y anárquico, según nos lo describen múltiples fuentes, sucediéndose escenas de violencia, hambre, insalubridad, huida generalizada o latrocinio. Uno de estos testimonios dice sobre la situación:

Muchos días duraron estos estragos, especialmente sobre el agua, donde los muertos eran robados de lo que llevaban encima, algunos incluso desnudados, otros registrados, sus bolsillos desvalijados, sus dedos cortados por sus anillos, sus botones de oro arrancados de sus camisas, y entonces eran dejados de nuevo a la deriva (*The Truest and Largest Account...*, 1693, p. 6).

Ante episodios tan téticos, las autoridades de la isla trataron de imponer orden. El 20 de junio de 1692, en la primera carta en la que dieron noticia a la metrópoli, indicaron que estaban haciendo todo lo posible por mantener el orden «protegiendo la propiedad, previniendo el robo, mediando en las disputas, previniendo los enfrentamientos que suelen surgir por el derecho incierto de las cosas, retirando los cadáveres flotantes, cuidando a los enfermos y heridos, y ayudando a los necesitados» (*CSPC*, Vol. 13, 2.278, «The President and Council of Jamaica to Lords of Trade and Plantations», 20 de junio de 1692). Junto a estas medidas ya descritas, se declaró la ley marcial, se hizo un llamamiento a la milicia para tratar de restituir la calma y se pidió reiteradamente a la Corona el envío de socorro económico y militar (*CSPC*, Vol. 13, 2.278, «The President and Council of Jamaica to Lords of Trade and Plantations», 20 de junio de 1692).

Sin embargo, la principal medida que propusieron las autoridades insulares fue la fundación de una nueva ciudad en una localización cercana, bajo el nombre de Kingston. El 24 de junio de 1692, el *Council* decidió la creación de un nuevo enclave frente a las costas de Port Royal, en el interior de la bahía (*CSPC*, Vol. 13, 2.292, «Minutes of the Council of Jamaica», 24 de junio de 1692). En cierto modo, el origen de Kingston se debió al establecimiento espontáneo de cientos de refugiados que huyeron de la desolación de la arrasada ciudad. Como respuesta, el *Council* resolvió la compra de 200 acres de superficie pertenecientes al futuro gobernador de Jamaica, el coronel William Beeston, por un precio de 1.000 libras esterlinas (*CSPC*, Vol. 13, 2.302, «Minutes of the Council of Jamaica», 28 de junio de 1692). Todo ello se sancionó en una ley, promulgada en 1693, que hacía de Kingston una unidad política propia, indicando que los habitantes de Port Royal «estaban necesitados de reubicarse en algún lugar más conveniente, donde unirse y establecerse para las ventajas del comercio, y mejor conveniencia de vivir» (*TLJ*, «An act for making Kingston a parish», 1693, pp. 58-59).

Desde el punto de vista de las autoridades, Kingston significó una verdadera oportunidad. En referencia a la gran ocasión que representaban las nuevas fundaciones, Musset (2011) apuntó que un traslado permitía «también la oportunidad de corregir los errores posibles de una primera fundación y de repensar, al mismo tiempo, el asentamiento, el espacio urbano, su organización social y sus relaciones con el entorno» (p. 26). Frente a la caótica Port Royal, la nueva fundación posibilitaba el diseño de una planificación urbanística ordenada (Robertson, 2001, p. 91). Así, el entramado urbano de Kingston consistió en un plano rectilíneo con calles amplias y rectas, contando con una plaza central, haciendo de la ciudad, teóricamente, un lugar más ordenado, salubre y controlable (Nelson, 2016, pp. 79-80). Además, poseía la ventaja de permitir un crecimiento urbano dirigido al tener el espacio suficiente para ello, a diferencia de las limitaciones físicas de Port Royal. Por último, al igual que su predecesor, Kingston conservó una marcada vocación comercial, lo cual explica que la mayor parte de su población se concentró al sur, inicialmente, junto al puerto (Clarke, 1975).

No obstante, la fundación de Kingston no puede considerarse propiamente un traslado. Siguiendo la definición dada por Musset (2011), este «implica tanto la migración de los habitantes como la reedificación del conjunto de estructuras, edificios y servicios de la ciudad original» (p. 24). Sin embargo, esta no fue la realidad que se produjo en los meses posteriores a la catástrofe. Al mismo tiempo que se decidió la creación del nuevo enclave, las autoridades no prohibieron el asentamiento en Port Royal e incluso impulsaron su reconstrucción (*CSPC*, Vol. 13, 2.398, «Colonel Beeston's proposals as to Jamaica», 19 de agosto de 1692). Esta nueva circunstancia provocó la coexistencia de dos enclaves que rivalizaron, durante años, por ser el centro económico de Jamaica, surgiendo así un enfrentamiento entre facciones en el que salieron a relucir tensiones preexistentes en el seno de la sociedad jamaicana. Desde los primeros debates posteriores a la destrucción de Port Royal y la creación de Kingston, se hizo evidente la resistencia de un activo grupo, principalmente conformado por mercaderes y marineros, que se negó a abandonar la ciudad en favor de la nueva fundación y que consiguió evitar que la facción antagonista lograra su objetivo de impedir el restablecimiento de Port Royal (Buisseret, 1996, pp. 27-28).

**Figura 2**

*A correct draught of the harbours of Port Royal and Kingston...*



*Note.* By Mr. Richard Jones, engineer, 1756 (Browne, 1789, p. 28).

### ***El peligro de rebelión esclava***

Jamaica, desde los tiempos de la ocupación española, contaba con población esclavizada. Durante los primeros compases de la presencia inglesa, las autoridades tuvieron que enfrentarse a la amenaza que suponía una resistencia intensificada por las huidas producidas durante la guerra contra los españoles. De hecho, durante la primera década de asentamiento, hubo al menos unos cuatro palenques, distinguiéndose el capitaneado por Juan de Bolas (Craton, 1982, pp. 70-71). John Taylor mencionaba que en los años previos a su llegada a Jamaica en 1687 se habían producido cuatro rebeliones notables en la isla. Estas ocurrieron en 1682, 1683, 1684 y 1685, aconteciendo esta última en Port Royal, donde los esclavos se llegaron a organizar para lograr quemar diversos edificios de la ciudad y tomar las armas, siendo finalmente aplastados con una brutal represión por parte de la milicia (Buisseret, 2008, pp. 274-279).

Todos estos hechos moldearon una conciencia, entre los habitantes blancos y las autoridades, de incesante peligro de sublevación esclava. De hecho, la propia geografía de Jamaica, con un considerable interior montañoso, acrecentó el problema de las huidas de esclavos, al contrario de lo que ocurría en islas más pequeñas como

Barbados o Antigua que, a su vez, se encontraban bajo dominio inglés (Burnard, 2015, p. 65). Durante las décadas previas al terremoto, la población negra esclava no dejó de crecer, haciendo aumentar, progresivamente, la psicosis de unas autoridades que no cesaron en su empeño de reclamar a la metrópoli el envío de colonos blancos con el objetivo de contrarrestar la mayoría esclava en la isla. El terremoto de 1692 significó un nuevo desafío al orden, incrementando el pánico ante una posible revuelta.

Una de las relaciones que describió los efectos del terremoto indicó que, tras producirse el temblor, «los mismos esclavos pensaron que era el momento de su libertad, de forma que cometieron muchas bárbaras insolencias y robos» (*The Truest and Largest Account...*, 1693, p. 5). Otra fuente incluso se aliviaba por el hecho de que este no se hubiese desencadenado en la noche, ya que «aquellos [supervivientes] hubieran sido, con toda probabilidad, golpeados en la cabeza por los negros» (Sloane, 1694, p. 97). Tras el sismo, las autoridades expresaron sus inquietudes respecto a su enemigo interno en repetidas ocasiones. En septiembre de 1692, el *Council* manifestaba que la situación había llegado a ser tan penosa que «no somos lo suficientemente poderosos como para protegernos contra los esclavos» (*CSPC*, Vol. 13, 2.499, «The Council of Jamaica to [the Earl of Nottingham]», 20 de septiembre de 1692). Unos años más adelante, en julio de 1696, el *Council* pedía encarecidamente ayuda «para asegurar [la isla] del enemigo doméstico, si los esclavos hicieran cualquier intento» (*CSPC*, Vol. 15, 97, «Minutes of Council of Jamaica», 21 de julio de 1696). Por si fuera poco, a la isla llegó la noticia del complot de esclavos que se produjo en Cartagena de Indias en abril de 1693, tal y como informaba W. Beeston al conde de Nottingham (*CSPC*, Vol. 14, 392, «Lieutenant-Governor Sir William Beeston to the Earl of Nottingham», 10 de junio de 1693).

Ante esta realidad, el poder local implementó diversas políticas destinadas a evitar el estallido de revueltas esclavas. En este sentido, más allá de las acciones realizadas por la milicia y la ley marcial, se impulsó la creación de partidas destinadas a la búsqueda de aquellos esclavos huidos y sublevados. En una de las leyes relativas a las partidas, de 1699, se señalaba que «los negros huidos y rebeldes en esta isla han asesinado recientemente a varios habitantes de esta, tanto blancos como negros, y han saqueado y destruido muchos de nuestros pequeños asentamientos» (*TLJ*, «An act for raising parties to supress rebellious and run-away negros», 1699, pp. 74-75). Del mismo modo, las autoridades promovieron algunas medidas de corte retributivo que incentivaron la persecución de los esclavos fugitivos. Entre estas, el *Council* ordenó que se pagasen cuatro libras por cada negro huido que fuera capturado y devuelto a su dueño, y que se recompensase con dos libras la entrega de la cabeza de cualquier negro insurrecto a las autoridades (*CSPC*, Vol. 14, 114, «Minutes of Council of Jamaica», 22 de febrero de 1693). Tales pagos también estuvieron destinados a las partidas, fijándose, en 1694, el pago de cuarenta chelines por cada cabeza de negro suministrada (*CSPC*, Vol. 14, 1.604, «Minutes of Council of Jamaica», 18 de diciembre de 1694).

Por otro lado, reclamaron constantemente el envío de tropas. Así lo expresaron las autoridades en la carta enviada a Londres el 20 de junio de 1692: «nuestras humildes armas están mayoritariamente dañadas por la caída de las casas, lo que nos hace preocuparnos por los esclavos. Por lo tanto, rogamos socorro y defensa» (*CSPC*, Vol. 13, 2.278, «The President and Council of Jamaica to Lords of Trade and Plantations», 20 de junio de 1692). Además de la considerable mortandad, durante los días y meses posteriores al terremoto, Jamaica sufrió un problema generalizado de desertión, dejando a la isla sin las tropas necesarias e indefensa, no solo frente a una posible invasión francesa, sino frente a los propios esclavos que la habitaban. Tal fue la tesitura que se pidió reiteradamente el envío de tropas desde Inglaterra u otras posesiones inglesas, o incluso se prometió el perdón para aquellos desertores que decidiesen retornar y reincorporarse a las filas del ejército (*CSPC*, Vol. 13, 2.328, «Proposals of Colonel Beeston as to Jamaica», 8 de julio de 1692; *CSPC*, Vol. 14, 209, «Lieutenant-Governor Sir William Beeston to Lords of Trade and Plantations», 23 de marzo de 1693). Por otra parte, estas peticiones de ayuda no vinieron únicamente desde el poder. Así, a finales de 1696, un grupo de mercaderes envió a Londres un memorial en el que cifraba en, al menos, 1.500 soldados los necesarios con el objetivo de poder «defendernos contra los esclavos, si ellos se levantasen contra nosotros» (*CSPC*, Vol. 15, 507, «Memorial of the merchants of Jamaica», 16 de diciembre de 1696).

No obstante, la principal medida destinada al control de la población esclavizada fue la promulgación de un código esclavo en 1696, bajo el título de «An Act for better Order and Government of Slaves». En su párrafo introductorio, este reconocía que su cometido era hacer frente a «las frecuentes insurrecciones y rebeliones de los esclavos que en esta isla han causado la ruina y destrucción de muchas familias». Entre el casi medio centenar de artículos que contiene el reglamento, destacan medidas que restringían la movilidad, fijaban la vestimenta de los esclavos o establecían diferentes castigos contra los esclavos huidos y contra aquellos que colaborasen con ellos, así como las recompensas para quienes capturasen o matasen a los insurrectos. (*TLJ*, «An act for better order and government of slaves», 1696, pp. 71-72).

Sin embargo, todo este conjunto de políticas no sirvió para atajar el problema, siendo comunes las huidas y revueltas protagonizadas por esclavos, aunque nunca de manera generalizada a lo largo de la isla. Ciertamente, las autoridades locales siempre creyeron que el único modo de evitar las rebeliones era asegurar que el número de blancos fuera suficiente respecto a la población negra (Burnard, 2015, pp. 65-66). Desde los orígenes del establecimiento inglés, los dirigentes de la isla trataron de buscar incentivos de diverso tipo para atraer población blanca desde el archipiélago británico, aunque sin demasiado éxito. Los hechos de 1692 agravaron la situación por dos factores. En primer lugar, la elevada mortandad y la desertión causaron un descenso generalizado de la población blanca, especialmente de aquella capaz de tomar

las armas ante una sublevación esclava. En segundo lugar, la destrucción física de Port Royal, centro de operaciones de contrabandistas y piratas, intensificó la creciente orientación de la isla hacia la economía de plantación que debía nutrirse directamente de mano de obra esclava. Así, tras el terremoto de 1692, Jamaica quedó finalmente definida como una sociedad esclavista cuya minoría blanca y autoridades debieron mantenerse perpetuamente en estado de alerta frente a sus enemigos internos.

### *La amenaza de ataque o invasión extranjera*

El Caribe fue, durante la segunda mitad del siglo XVII, uno de los campos de batalla más notables de las luchas libradas entre potencias europeas. Jamaica, en su posición de principal base militar de los ingleses en la región, no fue un territorio ajeno a tales disputas y se convirtió en un distinguido escenario de las contiendas mantenidas entre Inglaterra y sus diferentes adversarios. Para el año 1692, Inglaterra se encontraba inmersa en la Guerra de los Nueve Años (1688-1697) en la que, aliada con la Monarquía hispánica y otros estados europeos, se enfrentaba a la Francia del rey Luis XIV.

Por su condición de espacio fronterizo en constante estado de guerra, las autoridades jamaicanas lidiaron con la incesante amenaza de ataque o invasión extranjera. Cuando se produjo el sismo de 1692, estas expresaron inmediatamente sus recelos a Londres. En la primera misiva en la que se informaba a la metrópoli, se hizo evidente que la principal de las preocupaciones que existía entre el poder era el ataque francés, subrayando que «estamos abiertos y expuestos a los enemigos, tanto por tierra como por mar» (CSPC, Vol. 13, 2.278, «The President and Council of Jamaica to Lords of Trade and Plantations», 20 de junio de 1692). En diciembre de 1692, llegó a la Asamblea de Jamaica la primera respuesta de los reyes Guillermo y Ana tras el terremoto, en la que lamentaban lo sucedido y garantizaban el futuro envío de tropas (JAJ, Vol. I, 19 de diciembre de 1692, p. 142). Las autoridades isleñas les aseguraron que harían «todo lo posible para incordiar a nuestros enemigos, y le suplicamos por más ayuda y apoyo» (CSPC, Vol. 13, 2.715, «The President and Council of Jamaica to the Earl of Nottingham», 23 de diciembre de 1692). Con enormes dificultades, trataron de defenderse pese a las penurias económicas para reconstruir las fortalezas afectadas y mitigar la falta de tropas (CSPC, Vol. 14, 635, «Lieutenant-Governor Sir William Beeston to Lords of Trade and Plantations», 19 de octubre de 1693). En los meses siguientes, se sucedieron algunos ataques franceses de pequeña escala, principalmente en el norte, dedicados al saqueo y al robo de esclavos. El gobernador William Beeston, a su llegada en marzo de 1693, informaba de las incursiones francesas en la isla: «los franceses suelen amenazarnos desde La Española, sabiendo de nuestra debilidad». (CSPC, Vol. 14, 209, «Lieutenant-Governor Sir William Beeston to Lords of Trade and Plantations», 23 de marzo de 1693).

No obstante, pese a la aparente fragilidad del poder inglés en Jamaica, no se produjo ningún intento de conquista por parte de Francia tras conocerse la noticia. En opinión de autores como Pritchard (2004, p. 316), esto se debió al propio estado de indefensión en que se encontraba la parte francesa de La Española, también susceptible de recibir un ataque enemigo. No sería hasta 1694 cuando los peores presagios de las autoridades insulares se hicieron realidad. El 31 de mayo de 1694, el *Council* era informado por el capitán Stephen Elliott de la inminente llegada de una poderosa expedición francesa, decretándose diversas medidas como la acogida de mujeres y niños de las posibles zonas invadidas en Port Royal, la orden de que todos los oficiales retirados tomaran las armas e incluso la promesa de libertad para todo aquel esclavo que matase a algún francés (*CSPC*, Vol. 14, 1.074, «Minutes of Council of Jamaica», 31 de mayo de 1694). A principios de junio de 1694, el *Council* ordenó el desalojo de varias regiones, debiendo realojarse su población, con ganado y esclavos inclusive, en Kingston (*CSPC*, Vol. 14, 1.083, «Minutes of Council of Jamaica», 6 de junio de 1694).

El 17 de junio de 1694, una escuadra francesa comandada por Jean-Baptiste du Casse fue avistada desde Port Royal, esperando las autoridades un ataque contra la debilitada ciudad. Sin embargo, el desembarco de las tropas francesas se produjo en la zona oriental de la isla, arrasando durante más de un mes la región hasta ser definitivamente derrotadas a finales del mes de julio, en una contienda caracterizada por las enormes bajas a causa de las enfermedades. Pese a su anticipada retirada, la escuadra francesa causó estragos en las plantaciones y propiedades del oriente de Jamaica, llegando a secuestrar unos 1.600 esclavos valorados en 50.000 libras esterlinas, según lo expresaba el mismo Beeston al gobernador de Barbados (*CSPC*, Vol. 14, 1.458, «Governor Russell to Lords of Trade and Plantations», 29 de octubre de 1694).

Realmente, los esclavos jugaron un papel notorio en el intento de ocupación francesa. A lo largo de la invasión, ambos bandos trataron de atraerlos a su favor y así utilizarlos contra el enemigo. En una reveladora carta del marqués de Canales, embajador español en Inglaterra, este informaba a la Corona española del hecho de que «entraron los enemigos publicando libertad, libertad (voz plausible para los negros y mal contentos) y así muchos se pusieron a su lado» (Archivo General de Indias, Patronato Real, 271, R.7, p. 38). Por parte de los defensores, medidas como la citada oferta de libertad para aquel esclavo que matase a un francés o la imposición de que algunos formasen parte de la milicia buscaron contrarrestar los efectos de la promesa francesa. Como era de esperar, la guerra originó un estado de descontrol que permitió la huida de cientos de esclavos hacia las montañas, agravando el problema del cimarronaje (*CSPC*, Vol. 14, 1.236, «Lieutenant-Governor Sir William Beeston to the Duke of Shrewsbury», 18 de agosto de 1694).

El repliegue francés provocó que ingleses y españoles planificasen un contraataque, dirigiendo sus tropas hacia La Española «pues no solo se pensaba en vengar el estrago de Xamaica si no en extirpar a los franceses que estan en la America» (Archivo General de Indias, Patronato Real, 271, R.7, pp. 58-59). Así, una escuadra conformada por ingleses y españoles trató de tomar la parte francesa de la isla, sin éxito, en 1695. La firma de la Paz de Rijswijk de 1697 devolvió, temporalmente, la calma al Caribe y sancionó la posesión francesa de la zona occidental de La Española. Sin embargo, el inicio del siglo XVIII significó la constitución de un nuevo sistema de alianzas en el que Francia y España serían los principales enemigos de Inglaterra.

### *La insalubridad*

Durante los meses y años posteriores al temblor, Jamaica fue un lugar considerablemente insalubre. Inicialmente, en los primeros días que siguieron al seísmo, las fuentes no mencionan la existencia de una excesiva mortandad a causa de enfermedades infecciosas. No sería hasta meses después cuando las autoridades informaron a la metrópoli de una condición insostenible que pudo llegar a causar incluso más víctimas mortales que las acaecidas a causa del terremoto.

Las circunstancias de insalubridad tampoco eran una novedad en la historia del Caribe anglosajón hasta aquel momento. La adaptabilidad de los ingleses, tanto en Jamaica como en otras posesiones como Barbados o Anguila, fue, cuanto menos, ardua. Los ingleses pronto descubrieron los extraordinarios peligros de la vida en Jamaica en la propia guerra contra los españoles, entre 1655 y 1660, cuando miles de los invasores y colonizadores murieron a causa de enfermedades como la malaria (McNeill, 2010, pp. 100-104). En noviembre de 1655, una carta informaba que la mitad de los soldados llegados a Jamaica habían fallecido a causa de enfermedades, tan solo seis meses después de su desembarco (Pestana, 2017, p. 157). De hecho, la población blanca sufrió enormes niveles de mortandad, incluso mayores que la negra pese a vivir en esclavitud, de tal modo que, como apuntó Burnard (1999), «los ciudadanos blancos de Jamaica vivieron vidas más cortas y murieron antes que los ciudadanos británicos en casi cualquier otro lugar» (p. 51). Con anterioridad a 1692, fueron bastante comunes las alusiones a circunstancias insalubres en Jamaica.

La cuestión de la insalubridad estuvo, además, directamente ligada a la fundación de Kingston. Ya en septiembre de 1692, el *Council* informaba a Londres acerca de su deplorable estado reportando una «gran mortandad» y avisando sobre de la «insalubridad del lugar» (*CSPC*, Vol. 13, 2.251, «Minutes of Council of Jamaica», 23 de septiembre de 1692; *CSPC*, Vol. 13, 2.522, «The President and Council of Jamaica to [the Earl of Nottingham]», 23 de septiembre de 1692). A su llegada en marzo de 1693, el gobernador William Beeston advirtió a la Corona de la pésima condición en la que se encontraba Kingston, arrasada por las enfermedades y la falta de hombres (*CSPC*,

Vol. 14, 207, «Lieutenant-Governor Sir William Beeston to Earl of Nottingham», 22 de marzo de 1693; *CSPC*, Vol. 14, 209, «Lieutenant-Governor Sir William Beeston to Lords of Trade and Plantations», 23 de marzo de 1693). Este hecho fue el principal argumento de la facción que defendió la permanencia en Port Royal para justificar que Kingston no era un lugar seguro para trasladarse. Del mismo modo, los defensores del abandono de Port Royal pidieron que no se usase tal razonamiento para volver a la arrasada ciudad. En tal dirección, llama la atención una representación de varios habitantes de Kingston en la que pidieron a Beeston que se evitase el restablecimiento de Port Royal:

Esperamos que la insalubridad del lugar no sea objetada, como es conocido que la última enfermedad fue un juicio tan universal como el terremoto. Ahora que la enfermedad ha cesado, esperamos por la continuación de la salud, un suelo sano, buen aire y bastante agua. Una vez más, los que escapamos, de milagro, de la destrucción de Port Royal, no podemos soportar el más mínimo pensamiento de instalarnos en aquel lugar fatal. Los miserables restos de ese lugar no son capaces de recibirnos ni a nosotros ni a nuestras pertenencias (*CSPC*, Vol. 14, 209, «Address of certain inhabitants of Jamaica to Lieutenant-Governor Sir William Beeston», 23 de marzo de 1693).

Este argumento fue recurrente para ambos bandos durante las décadas en las que Port Royal y Kingston rivalizaron por ser el principal enclave de la isla, reteniendo esta última la fama de ser un lugar especialmente insalubre. No sería hasta 1696 cuando las autoridades notificaron el alivio de la situación (*CSPC*, Vol. 14, 2.316, «Governor Sir William Beeston to Lords of Trade and Plantations», 8 de abril de 1696).

Sea como fuere, los niveles de mortandad debieron ser elevados. Unido ello a los efectos de la deserción y la guerra contra los franceses, las autoridades hubieron de afrontar otro de sus principales temores: la escasez de hombres blancos. Efectivamente, en la década siguiente al sismo, la isla vio reducida su población blanca. Jamaica necesitaba de hombres blancos por dos razones. En primer lugar, eran imprescindibles para dirigir las plantaciones, por lo que se legisló a favor de la obligación de contratar a blancos<sup>7</sup>. Por otro lado, debían formar parte de la milicia y enfrenar la amenaza que constituían tanto franceses como esclavos (Burnard, 2015, p. 64). Pese

---

7. Este tipo de iniciativas eran debatidas en la Asamblea con cierta asiduidad y fueron convertidas en ley en algunas ocasiones, con anterioridad incluso al terremoto de 1692. Por ejemplo, en 1683, se trató de atraer trabajadores blancos con el objetivo de que «los amos y propietarios de esclavos tengan tal cantidad de trabajadores blancos en proporción al número de esclavos» (*TLJ*, «An act encouraging the importation of white servants», 1683, pp. 12-15).

a las reiteradas peticiones, como sucedió con el envío de Peter Beckford a Londres en febrero de 1694 con el objetivo de informar sobre la pésima realidad de la isla, la cuestión no logró solucionarse y se convirtió, desde el punto de vista del poder, en una de las principales problemáticas de la Jamaica del siglo XVIII (*JAJ*, Vol. I, «An adress of the Council and Assembly to the King and Queen», 27 de febrero de 1694, p. 148).

### **Port Royal y Kingston (1703-1722)**

Durante la década que siguió al sismo de 1692, Port Royal continuó siendo el puerto más destacado de Jamaica, por delante de Kingston (Mulcahy, 2012, pp. 203-204). Sin embargo, en enero del año 1703, un incendio devastador desoló, de nuevo, Port Royal. En esta ocasión, las llamas devoraron los edificios de una ciudad cuyas construcciones se habían realizado mayoritariamente en madera, bajo la creencia de que serían más resistentes ante un nuevo terremoto (Robertson, 2001, p. 91). En lo que refiere al origen del siniestro, la principal hipótesis fue la gran cantidad de pólvora que había acumulada en la ciudad, por lo que no es extraño que su posesión se regulase en una ley de 1704, cuya introducción indicaba que «fue, en gran medida, la razón de la destrucción del citado lugar» (*TLJ*, «An act to prohibit the keeping of any quantities of gunpowder on Port-Royal; and for the better regulating and security of the said town; and to enable the freeholders to chose churchwardens, vestrymen, and other parochial officers, although the time for choosing thereof be elapsed already», 1704, pp. 89-91). Durante las semanas siguientes, las autoridades trataron de poner orden y dar socorro a los damnificados.

Una vez más, revivieron los viejos fantasmas del abandono o traslado, reiniciándose la controversia en torno al futuro de Port Royal. Desde las instituciones de la isla, la mayoría de sus miembros adoptó una postura favorable al abandono, visible en los debates en la Asamblea y el *Council* (*JAJ*, Vol. I, 19, 20, 22, 27, 28, 29 y 30 de enero de 1703, pp. 261-264). Tras ser debatida la cuestión, esta actitud se tradujo en una ley que sancionó la prohibición de restablecerse en la ciudad y ratificó «el establecimiento de Kingston como el mejor lugar para la sede del comercio y la preservación de los súbditos de su majestad víctimas del espantoso fuego en Port Royal» (*CSPC*, Vol. 21, 228, «Minutes of Council in Assembly of Jamaica», 23 de enero de 1703).

La oposición de la facción valedora de Port Royal no se hizo esperar. El 27 de enero de 1703, el grupo envió una protesta a la Asamblea (*JAJ*, Vol. I, «A petition of several of the late inhabitants of Port Royal against the act, entitled “An act to prevent the resettling of Port Royal”», 27 de enero de 1703, pp. 262-263). En los meses siguientes, este bando, mayoritariamente formado por mercaderes y con influyentes partidarios en Inglaterra, presionó a las autoridades de la isla e incluso a la Corona acerca de la conveniencia de volver a establecerse en Port Royal. La principal razón que expresó Bartholomew Gracedieu, una de sus cabezas visibles, para justificar tal postura fue su

inmejorable posición para el comercio y la defensa de la isla y el hecho de que Kingston era un lugar insalubre; frente a sus detractores, que objetaron que Port Royal era muy pequeña, que sus fortificaciones estaban enteramente destruidas o que era susceptible de sufrir un nuevo desastre fatal (*CSPC*, Vol. 21, 617, «Sir Gilbert and Josiah Heathcote to the Council of Trade and Plantations», 26 de abril de 1703)<sup>8</sup>. Más allá de las razones esgrimidas, hubo motivaciones de tipo económico detrás de cada facción (Mulcahy, 2012, pp. 204-210). Tras llegar la noticia de la polémica y la promulgación de ley a Londres, el *Council of Trade and Plantations*, institución encargada de los asuntos de las plantaciones de ultramar, consideró que la ley se trataba de «un escrito insignificante sin ningún valor» (*CSPC*, Vol. 21, 631, «Council of Trade and Plantations to Lt. Governor Handasyd», 29 de abril de 1703). Durante meses, se repitieron las justificaciones que ambos bandos enviaron a Londres intentando obtener el favor de la Corona, llegando a calificarse estos enfrentamientos como auténticos «desórdenes» (*CSPC*, Vol. 21, 1.411, «The Queen to the Governor», 23 de diciembre de 1703). Finalmente, tras varios informes que terminaron por afirmar que la ley «falsificaba casi todas las razones» para el abandono de Port Royal, la reina Ana decidió revocarla a inicios de 1704 (*CSPC*, Vol. 21, 1.083, «Attorney General to the Council of Trade and Plantations», 11 de septiembre de 1703; *CSPC*, Vol. 22, 83, «Order of Queen in Council», 10 de febrero de 1704). De nuevo, Kingston y Port Royal volvieron a rivalizar por ser el principal puerto de Jamaica.

Sin embargo, la inestabilidad política no fue el único desorden de este periodo. Durante las dos décadas siguientes al incendio, las autoridades hubieron de enfrentarse a los mismos problemas propios de las postrimerías del siglo XVII. La gradual orientación de la isla hacia la economía de plantación agravó el peligro de rebelión esclava y la cuestión de la escasez de población blanca, como reconoció el gobernador Thomas Handasyd meses después del fuego: «nuestro número de esclavos aumenta cada día, pero para mi gran pesar, el número de hombres blancos decrece a diario» (*CSPC*, Vol. 21, 1.119, «Lt. Gov. Handasyd to the Council of Trade and Plantations», 5 de octubre de 1703). En marzo de 1714, las autoridades describieron la situación de tal modo a la metrópoli: «los habitantes tienen un gran pavor a la insurrección de sus propios negros, siendo en torno a 40.000, y muy insolentes, y no más de 3.000

---

8. Son múltiples las fuentes que permiten conocer la visión de cada facción. Para el bando defensor de Port Royal, véase: *CSPC*, Vol. 21, 617, «Sir Gilbert and Josiah Heathcote to the Council of Trade and Plantations», 26 de abril de 1703; *CSPC*, Vol. 21, 618, «Sir B. Gracedieu and others to the Council of Trade and Plantations», 26 de abril de 1703; *CSPC*, Vol. 21, 619, «Journal of Council of Trade and Plantations», 26 de abril de 1703. Para el caso de los valedores de la prohibición, véase: *CSPC*, Vol. 21, 885, «Governor Handasyd to the Council of Trade and Plantations», 7 de julio de 1703; *CSPC*, Vol. 21, 1.153, «Sir Gilbert Heathcote to the Council of Trade and Plantations», 16 de octubre de 1703.

blancos los capaces de portar armas en la Milicia», impulsando diversas iniciativas que buscaron atraer blancos y reprimir cualquier conato de revuelta esclava (CSPC, Vol. 27, 606, «Council of Trade and Plantations to Lord Bolingbroke», 9 de marzo de 1714)<sup>9</sup>. Del mismo modo, los temores tanto a la invasión o ataque extranjero, en este caso francés y español, como a la virulencia de las enfermedades tropicales o la desertión, concentraron los esfuerzos del poder por evitar desórdenes, cuyo principal remedio intuían que era una llegada masiva de población europea, que nunca llegó a producirse.

El tiempo terminaría por dar la razón a los defensores del abandono de Port Royal. En una de las representaciones enviadas a la metrópoli, Sir Gilbert y Josiah Heathcote indicaron, en 1703, que «si un huracán o un fuerte viento del sur ocurriese cerca de ella, engulliría infaliblemente la bahía en un momento» (CSPC, Vol. 21, 617, «Sir Gilbert and Josiah Heathcote to the Council of Trade and Plantations», 26 de abril de 1703). Tal presentimiento se cumpliría en dos huracanes producidos en la misma fecha en años distintos: el 28 de agosto de 1712 y 1722. En el primero, la destrucción vino acompañada, según el gobernador Lord A. Hamilton, de «desórdenes» y «enfermedad generalizada» (CSPC, Vol. 27, 94, «Governor Lord Archibald Hamilton to the Council of Trade and Plantations», 10 de octubre de 1712). No obstante, el huracán de 1722 sí que resultó fatal, llegando a causar la muerte de unas 400 personas y destruyendo la mitad de la ciudad, según informaba *The Weekly Jamaica Courant*, sintiéndose sus consecuencias incluso en marzo de 1723, cuando el duque de Portland, gobernador de la isla, apuntó que «la gente difícilmente se ha recuperado del susto y de la enfermedad» (CSPC, Vol. 33, 456, «Governor the Duke of Portland to the Council of Trade and Plantations», 2 de marzo de 1723).

Por el contrario, si bien Kingston también sufrió ambos sucesos, la destrucción fue de menor calibre, siendo notables los daños materiales, pero cifrándose en apenas tres los fallecidos en el huracán de 1722 (CSPC, Vol. 33, 295, «Copy of The Weekly Jamaica Courant, No. CCXXXV., Accounts of the Hurricane», 20 de septiembre de 1722). La disparidad de secuelas ocasionadas por este último desastre terminó por inclinar la balanza en favor de Kingston. Así, la Corona británica decidió que el destino de Port Royal quedase definitivamente unido a la protección de la bahía que guardaba a Kingston, convirtiéndose en una de las principales bases navales del Caribe británico, en detrimento de su supremacía comercial y económica.

---

9. Entre las leyes destinadas a ello, destacaron: *TLJ*, «An act to encourage white men to come and settle in this island», 1712, pp. 120-123; *TLJ*, «An act for the more effectual punishing of crimes committed by slaves», 1717, p. 129; *TLJ*, «An act for encouraging white people to come over and become settler in this island...», 1723, pp. 155-159.

## Conclusiones

El periodo comprendido entre el terremoto del 7 de junio 1692 y el huracán del 28 de agosto de 1722 que, respectivamente, arrasaron la ciudad de Port Royal fue de grandes transformaciones para Jamaica. A lo largo de este ciclo histórico, la isla abandonó definitivamente su inicial orientación hacia la piratería y el contrabando en favor del modelo de plantación y comercio, en un proceso que Wallerstein (2011) caracterizó de «creciente contradicción» (p. 153). En esta nueva realidad, los esclavos desempeñaban un papel central como mano de obra en los campos y como producto en el puerto de Kingston, que se erigiría como el principal centro comercial del Caribe británico durante el siglo XVIII. De tal modo, el enorme crecimiento de la indispensable población esclavizada, frente al estancamiento o incluso reducción de los moradores blancos, fue el principal temor de las autoridades y la oligarquía jamaicana, siendo una sospecha que se manifestó certera por los diferentes conflictos mantenidos contra los esclavos cimarrones durante el citado siglo y la gran rebelión encabezada por el esclavo Tacky, entre 1760 y 1761, que fue contenida con una feroz represión.

La observación de los desastres tratados revela otras cuestiones. En primer lugar, las respuestas ante estas situaciones deben ser encuadradas «dentro de un contexto social e ideológico que las moldeaba» (Schwartz, 2009, p. 45). Las autoridades locales intentaron enfrentarse a tales circunstancias calamitosas, inimaginables en la metrópoli, con sus propias armas y dentro del pensamiento de su época. Asimismo, el enfrentamiento entre una poderosa facción valedora de la permanencia en Port Royal y la presión de otro grupo defensor del abandono no debe hacernos caer en la trampa de pensar que en el centro del debate se encontraba la consideración del riesgo ante futuros eventos catastróficos, sino que ambas posiciones escondieron fuertes intereses económicos y políticos. Por otro lado, las diversas reconstrucciones de Port Royal y la fundación de Kingston, empleando materiales y tipologías urbanas y arquitectónicas cambiantes, prueban los intentos de adaptación de los colonos ingleses ante un medio que siempre les resultó hostil desde los primeros compases de la ocupación efectiva del territorio. Todo ello, incide en la configuración de una auténtica cultura en torno al desastre durante el periodo analizado.

Por otra parte, la historia compartida por Kingston y Port Royal está inseparablemente ligada a las coyunturas desastrosas del periodo comprendido entre 1692 y 1722 y al desorden crónico propio de la isla. La reiterada destrucción física de la caótica Port Royal, ya fuera a causa de terremotos, fuegos o huracanes, jugó en favor de Kingston, una ciudad presumiblemente mucho más ordenada, salubre y controlable, que terminó por convertirse en el epicentro comercial del Caribe británico. Sin embargo, el práctico abandono de Port Royal y la expansión urbana de Kingston no impidieron que Jamaica siguiera siendo «la más escandalosa y desordenada» de las colonias británicas en las *West Indies*, en palabras de Dunn (1972, p. 149). A su vez,

Kingston, por su condición de puerto de entrada y salida de miles de esclavos, retuvo su maldita reputación de ciudad insalubre a lo largo del siglo XVIII.

En definitiva, fueran reales o imaginarias las amenazas al orden dilucidadas, el miedo de las autoridades locales y la oligarquía jamaicana respecto a sus enemigos internos o externos moldeó, y moldearía en el futuro, una sensación de peligro constante propia de una minoría poderosa, que debió adaptarse a las amenazas propias del Caribe insular y cohabitar la isla de Jamaica con una población mayoritariamente esclavizada y crecientemente hostil. La resistencia a ese desorden, acrecentado tras producirse fenómenos naturales adversos como los analizados, se llevó a cabo a través de la implementación de infinidad de políticas y estrategias, que fueron perfeccionándose con el paso de las décadas, destinadas a la defensa de su posición y la conservación de un orden político, social y económico incesantemente desafiado.

### Nota

Este trabajo se ha desarrollado bajo el marco del proyecto «Circulación de ideas y prácticas sobre policía en centros urbanos de la América hispana (1700-1821)». Convocatoria V.1A. Ayudas para áreas de conocimiento con necesidades investigadoras con alto potencial. Séptimo Plan Propio de la Universidad de Sevilla, 2023 (Referencia: 2023/00000385); y está financiado gracias a las «Ayudas para la formación de profesorado universitario (FPU)» del Ministerio de Universidades del Gobierno de España, convocatoria 2021 (Código: 998758).

### Referencias

- Altez, R. (2016). Aportes para un entramado categorial en formación: vulnerabilidad, riesgo, amenaza, contextos vulnerables, coyunturas desastrosas. En L. A. Arrijo Díaz Viruell & A. Alberola Romá (Eds.), *Clima, desastres y convulsiones sociales en España e Hispanoamérica, siglos XVII-XX* (pp. 21-40). Universidad de Alicante / El Colegio de Michoacán.
- Altez, R. (2022). Respuestas imposibles: la pérdida de los referentes en Venezuela con el desastre de 1812. En E. J. Luque Azcona & M. E. Petit-Breuilh Sepúlveda (Eds.), *Ante la "ira de Dios": naturaleza, desastres y respuestas en la América hispana, siglos XVIII y XIX* (pp. 117-151). Sílex.
- Braithwaite, K. (1971). *The Development of Creole Society in Jamaica, 1770-1820*. Ian Randle Publishers.
- Browne, P. (1789). *The Civil and Natural History of Jamaica*. White & Son.
- Buisseret, D. (1996). Port Royal 1655-1725. *Jamaican Historical Review*, 6(1), 21-28.
- Buisseret, D. (Ed.). (2008). *Jamaica in 1687: The Taylor Manuscript at the National Library of Jamaica*. University of West Indies Press.

- Burnard, T. (1996). European Migration to Jamaica, 1655-1780. *The William and Mary Quarterly*, 53(4), 769-796.
- Burnard, T. (1999). 'The Countrie Continues Sicklie': White Mortality in Jamaica, 1655-1780. *The Society for Social History of Medicine*, 12(1), 45-72.
- Burnard, T. (2015). *Planters, Merchants and Slaves: Plantation Societies in British America, 1650–1820*. The University of Chicago Press.
- Burnard, T. (2020). “A Pack of Knaves”: The Royal African Company, the development of the Jamaican plantation economy and the benefits of monopoly, 1672–1708. *Journal of Colonialism and Colonial History*, 21(2).
- Calendar of State Papers Colonial Series, America and the West Indies 1573-1739 [CSPC], Vols. 13 (1689-1692), 14 (1693-1696), 15 (1696-1697), 21 (1702-1703), 22 (1704-1705), 27 (1712-1714) y 33 (1722-1723). <https://www.british-history.ac.uk/search/series/cal-state-papers--colonial--america-west-indies> [Consultado en junio del año 2023].
- Clarke, C. G. (1975). *Kingston, Jamaica: Urban Development and Social Change, 1692-1962*. University of California Press.
- Cohen, C. M. (2017). *Raising Port Royal: A Geospatial Reconstruction of the 1692 City Through Integrated GIS and 3D Modeling*. [Tesis Doctoral, Texas A&M University].
- Craton, M. (1982). *Testing The Chains: Resistance to Slavery in the British West Indies*. Cornell University Press.
- DeMets, C. & Wiggins-Grandison, M. (2006). Deformation of Jamaica and motion of the Gonâve microplate from GPS and seismic data. *Geophysical Journal International*, 168(1), 362-368.
- Dillman, J. (2015). *Colonizing Paradise: Landscape and Empire in the British West Indies*. The University of Alabama Press.
- Dunn, R. S. (1972). *Sugar and Slaves: The Rise of the Planter Class in the English West Indies, 1624-1713*. University of North Carolina Press.
- Elliott, J. H. (2006). *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America*. Yale University Press.
- Gerdelan, L. D. (2019). The Royal Society, Port Royal and the Great Trans-Atlantic Earthquake of 1692. *Studi Storici*, 4, 845-874.
- Graham, A. (2017). Jamaican Legislation and the Transatlantic Constitution, 1664-1838. *The Historical Journal*, 61(2), 327-355.
- Graham, A. (2018). Legislatures, Legislation and Legislating in the British Atlantic, 1692–1800. *Parliamentary History*, 37(3), 369-388.

- Hanson, F. (1683). *Preface to the Laws of Jamaica passed by the assembly, and confirmed by His majesty in council, Feb. 23. 1683: to which is added, A short account of the island and government thereof, with an exact map of the island*. Impreso por H. Hills for Charles Harper.
- Heath, R. E. (1692). *A Full Account of the Late Dreadful Earthquake at Port Royal in Jamaica, written in two Letters from the Minister of that Place*. Impreso por J. Tonson.
- Huertas González, F. R. (2021). Puerto Rico y el impacto del huracán María: una realidad al descubierto. En B. Cruz Sotomayor & F. R. Huertas González (Eds.), *Visiones transversales de Puerto Rico y el Caribe* (pp. 227-241). Universidad Ana G. Méndez.
- Journals of the Assembly of Jamaica [JAJ]*, Vol. 1 (1663-1708). (1802). Impreso por A. Aikman.
- Knight, F. W. (1990). *The Caribbean: The Genesis of a Fragmented Nationalism*. Oxford University Press.
- Kreps, G. E. (1985). Disaster and the Social Order. *Sociological Theory*, 3(1), 49-64.
- Luque Azcona, E. J. (2022). Respuestas institucionales desde lo local a situaciones de desastre en la América Hispana (1730-1820). En E. J. Luque Azcona & M. E. Petit-Breuilh Sepúlveda (Eds.), *Ante la "ira de Dios": naturaleza, desastres y respuestas en la América hispana, siglos XVIII y XIX* (pp. 43-57). Sílex.
- M. N. (10 de noviembre de 1785). Earthquake at Port Royal in Jamaica in 1692. *The Gentleman's Magazine*, 55(5), pp. 880-881.
- Manning, D. (2015). Reformation and the Wickedness of Port Royal, Jamaica, 1655–c.1692. En C. Gribben & S. Spurlock (Eds.), *Puritans and Catholics in the Transatlantic World, 1600-1800* (pp. 131-163). Palgrave Macmillan.
- McNeill, J. R. (2010). *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean 1620-1914*. Cambridge University Press.
- Mintz, S. W. (1965). The Caribbean as a socio-cultural area. *Journal of World History*, 9(1), 912-937.
- Mulcahy, M. (2006). *Hurricanes and Society in the British Caribbean, 1624-1783*. The John Hopkins University Press.
- Mulcahy, M. (2008). The Port Royal Earthquake and the World of Wonders in Seventeenth-Century Jamaica. *Early American Studies*, 6(2), 391-421.
- Mulcahy, M. (2012). "That fatall spott": The Rise and Fall -and Rise and Fall Again- of Port Royal, Jamaica. En C. Shammass (Ed.), *Investing in the Early Modern Built Environment: Europeans, Asians Settlers and Indigenous Societies* (pp. 191-218). Brill.

- Musset, A. (2011). *Ciudades nómadas del Nuevo Mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Nelson, L. P. (2016). *Architecture and Empire in Jamaica*. Yale University Press.
- Pestana, C. G. (2017). *The English Conquest of Jamaica: Oliver Cromwell's Bid for Empire*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Pestana, C. G. (2019). State Formation from the Vantage of Early English Jamaica: The Neglect of Edward Dooley. *Journal of British Studies*, 56, 483-505.
- Porfiriev, B. N. (1998). Issues in the Definition and Delineation of Disaster and Disaster Areas. En E. L. Quarantelli (Ed.), *What is a Disaster? Perspectives on the Question* (pp. 51-67). Routledge.
- Pritchard, J. S. (2004). *In Search of Empire: The French in the Americas, 1670-1730*. Cambridge University Press.
- Robertson, J. (2001). Jamaican Architectures before Georgian. *Winterthur Portfolio*, 46(2/3), 73-95.
- Schwartz, S. B. (2009). Los huracanes y la formación de las sociedades circumcaribeñas. *Op. Cit.*, 19, 11-46.
- Schwartz, S. B. (2015). *Sea of Storms: A History of Hurricanes in the Greater Caribbean from Columbus to Katrina*. Princeton University Press.
- Sloane, H. (1694). A Letter from Hans Sloane with Several Accounts of the Earthquakes in Peru October the 20th 1687. And at Jamaica, February 19th. 1687/8 and June the 7th. 1692. *Philosophical Transactions* (1683-1775), 18, 78-100.
- Sloane, H. (1707). *A Voyage To The Islands Madera, Barbados, Nieves, S. Christophers and Jamaica, with the Natural History of the Herbs and Trees, Four-footed Beasts, Fishes, Birds, Insects, Reptiles, Vol. I*. Impreso por B.M.
- Stallings, R. A. (1998). Disaster and the Theory of Social Order. En E. L. Quarantelli (Ed.), *What is a Disaster? Perspectives on the Question* (pp. 127-146). Routledge.
- The Laws of Jamaica, comprehending all the acts in force, passed between the thirty-second year of the Reign of King Charles the Second and the thirty-third year of the Reign of King George the Third [TLJ]*. (1802). Impreso por A. Aikman.
- The Truest and Largest Account of the Late Earthquake in Jamaica, June the 7th, 1692*. (1693). Impreso por T. Parkhurst.
- Trouillot, M. R. (1992). The Caribbean Region: An Open Frontier in Anthropological Theory. *Annual Review of Anthropology*, 21, 19-42.
- Wallerstein, I. (2011). *The Modern World System: Mercantilism and the Consolidation of the European World Economy, 1600-1750*, Vol. II. University of California Press.

- Whitson, A. M. (1929). *The Constitutional Development of Jamaica, 1660 to 1729*. Manchester University Press.
- Wiggins-Grandison, M. & Atakan, K. (2005). Seismotectonics of Jamaica. *Geophysical Journal International*, 160(2), 573-580.
- Williams, E. E. (1970). *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean*. Harper & Row.
- Wright, V., Hornbach, M., Brown, L., McHugh, C. & Mitchell, S. (2019). Neotectonics of Southeast Jamaica Derived From Marine Seismic Surveys and Gravity Cores. *Tectonics*, 38(11), 4010-4026.
- Zahedieh, N. (1986). Trade, Plunder, and Economic Development in Early English Jamaica, 1655-1689. *Economic History Review*, 39(2), 205-222.

### **Sobre el autor**

GONZALO RAMÍREZ SÁNCHEZ es investigador predoctoral del Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla, con un contrato del tipo «Ayudas para la Formación del Profesorado Universitario (FPU)» del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España, convocatoria 2021 (Código: 998758). Entre sus líneas de investigación, destaca el estudio del orden público y el control social, la vida urbana o los desastres en época colonial, especialmente en la región Caribe. Forma parte del grupo de investigación «Dinámicas sociales e identitarias en la historia de América Latina y el Caribe. Plan Andaluz de Investigación (HUM-1042)». Correo Electrónico: gramirez2@us.es.  <https://orcid.org/0000-0002-4204-0591>

## CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

### EDITOR

Matthias Gloël

### COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

### CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

### TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

### SITIO WEB

[cuhso.uct.cl](http://cuhso.uct.cl)

### E-MAIL

[cuhso@uct.cl](mailto:cuhso@uct.cl)

### LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Trabajo sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0)